



## EL PRESENTE COMO HISTORIA: CRISIS CAPITALISTA, CULTURA SOCIALISTA Y EXPANSIÓN IMPERIALISTA (III) \*

Jose Guadalupe Gandarilla Salgado

41

### 4. De crisis y ciclos.

Sin embargo, tal vez sea necesario volver un paso atrás para argumentar el equívoco en el que, hemos señalado, incurren las interpretaciones signadas por la superación de base monopolístico – estatal. El capitalismo mostró que ni el estallido y desarrollo de la Gran Guerra de 1914–1918 logró solucionar las contradicciones del orden social existente y que, en gran medida, eran producto de la «utopía total» que significaba la existencia de un sistema basado en «la idea de un mercado autorregulado»<sup>1</sup>. El fondo de la cuestión lo que está manifestando es el ángulo de la «crisis de sustitución hegemónica» que se está procesando en diversos niveles. La relativa decadencia del capitalismo británico (y también francés) muestra el aumento, también relativo, del poderío norteamericano y alemán. La participación de Gran Bretaña en la producción industrial mundial que era del 32% en 1870, cae al 14% en vísperas de la Gran Guerra, y al 9% en vísperas de la crisis de 1930, por el contrario, las proporciones ocupadas por estados Unidos en dicho indicador pasan del 23%, al 38% y al 42%, en los mismos años. En el caso de los intercambios mundiales, la caída de Gran Bretaña

es igual de dramática: de representar una cuarta parte de los mismos en 1880, baja a un sexto en 1913 y a un octavo en 1948. La libra esterlina, luego de abandonada su convertibilidad con el oro se devalúa con respecto al dólar, y mientras las inversiones extranjeras estadounidenses casi se duplican entre 1913 y 1919 al pasar de 3,5 a 6,5 miles de millones de dólares, las británicas muestran una disminución de 18,3 a 15,7 miles de millones de dólares, en los mismos años<sup>2</sup>. La situación de los años veinte que la socialdemocracia alemana y austríaca vive como de constitución de la República de Weimar, y los bolcheviques como de cierre de la «revolución mundial» no sólo parece estar basada en una recuperación efímera, sino artificial, pues oculta desequilibrios aún más profundos, a través de los cuales, el sistema «se verá arrastrado a partir de 1929 hacia una nueva gran crisis y, luego, a una nueva gran guerra»<sup>3</sup>. El capitalismo estadounidense, que hasta la década del veinte contaba con el movimiento obrero menos estructurado de los países capitalistas, ve emerger procesos de racionalización de la producción (los primeros indicios de la organización científica del

\*Continuación del artículo aparecido en Laberinto 24



trabajo, la cadena de montaje, la aplicación de la ciencia en la industria) y de las estructuras organizativas (a través de la utilización de innovadoras prácticas de gestión empresarial). Procesos todos ellos que se combinan para hacer surgir la gran corporación moderna conducida por *la mano visible* del Estado<sup>4</sup>. En lo interior, «explotación... según métodos anteriores a 1914... política de salarios elevados para otra parte de los trabajadores y... consumo masivo»<sup>5</sup>. En lo exterior, el horizonte de expansión del imperialismo estadounidense requiere, en primer lugar, el aseguramiento de su zona de influencia: América (latina) para los (norte)americanos. Entre 1880 y 1930, lo logra a través de la «diplomacia del dólar» y la «política del garrote»<sup>6</sup> que son los instrumentos mediante los cuales se manifiestan la Doctrina Monroe (1823) y el Corolario Roosevelt de la misma (1904). La prosperidad estadounidense de los años veinte se finca en una «base de recursos americanos y para mercados americanos». El campo de operaciones no se limita a Latinoamérica, su proyección se extiende hasta el Lejano Oriente, luego de la conquista de Filipinas y su incipiente interés en Manchuria. Estaba puesto el escenario para una sustitución definitiva de la Gran Bretaña como la potencia del orbe, pero antes había que pasar por otra serie de penurias.

Entre ellas, y no como la menos importante, el lidiar con todos los desequilibrios asociados al procesamiento de la «sustitución hegemónica», que se desarrolla en medio de lo que el historiador Arno J. Mayer llama la «guerra de los treinta años»<sup>7</sup>, y Eric Hobsbawm prefiere calificar como «la era de las catástrofes»<sup>8</sup>. Hasta 1914, salvo Francia que, definitivamente, se convirtió en República en 1875, las grandes potencias continentales persisten como monarquías absolutistas (Rusia, Austria-Hungría y Alemania). La nobleza monopoliza posiciones que le aseguran lugares de privilegio: económicos, militares, burocráticos, culturales. Hasta en Inglaterra «la monarquía y la élite terrateniente domesticaron la industrialización... sin sucumbir ante ella»<sup>9</sup>. Si esas son las fuerzas del *Ancien Régime* y la perseverancia histórica, la importancia de la Gran Guerra es que con ella da inicio «el último acto de la disolución del antiguo orden en Europa»<sup>10</sup>, y la explosiva ascensión del capitalismo indus-

trial que busca y, finalmente, logra imponer su primacía. Tales características del desarrollo histórico, en el que se registra (como señala Mayer) la interacción dialéctica, entre la fuerza de la persistencia del pasado y aquellas en que encarna el empuje de la expansión, manifiestan un conocido perfil de la crisis. Un nuevo orden que no termina de nacer justo porque el viejo no termina de morir. Esta realidad insoslayable explica el hecho de que sean «las contradicciones entre capitalismo nacional las que proporcionan la clave de la gran crisis de este período»<sup>11</sup>. En este proceso debe ser situada la confrontación que por tres décadas llevan a cabo, justamente, las dos potencias industriales ascendentes del momento, Estados Unidos y Alemania.

La Gran Bretaña, en su lucha por recuperar el estatuto de moneda mundial para la libra esterlina (en un contexto en el que ya no le es posible superar en productividad a sus competidores), se enfrenta a dos situaciones que están interconectadas: *a*) encarecimiento de las exportaciones y obstáculos para hacerlas crecer y, por tanto, problemas también con el equilibrio comercial; lo cual redundará en *b*) restricción del consumo interno a través de la reducción del poder adquisitivo de los obreros, cuyas consecuencias serán mayores enfrentamientos sociales. Estos hechos lo que muestran son las complicaciones asociadas al problema de las deudas internacionales y la dificultad de volver a la paridad pre-guerra de la libra y su convertibilidad en oro. Tras años de esfuerzo, en 1925, se consigue este último propósito, sin embargo, a un muy alto precio. El endurecimiento de la lucha por los mercados exteriores se ve agravada por la ausencia de un sistema monetario internacional; en un mundo que se verá asolado por el proteccionismo.

Vencedores y vencidos, participan del intento de restaurar el orden ya fenecido de liberalismo económico. El empuje de la economía norteamericana en la década del veinte (a pesar de que ya desde ese tiempo se dan los primeros atisbos de la organización científica del trabajo y del uso de la cadena de montaje, como hemos afirmado más arriba), no es suficiente para arrastrar a la economía mundial en su conjunto, tampoco lo es la expansión geográfica y un orden colonial que se mantiene con virulencia. Lo frágil de la

recuperación se manifiesta justo en el segmento más globalizado del sistema, el sector financiero, que se derrumba en octubre de 1929, y en la economía más dinámica, los Estados Unidos.

La explicación convencional de la Depresión de 1929 a 1933 hunde sus raíces en el comportamiento registrado en la demanda agregada que experimenta una serie de shocks que la hacen disminuir de manera repetida, en los Estados Unidos, auténtico epicentro del proceso, con la consecuencia conocida de desempleo y deflación. Los matices entre los autores surgen al considerar las fuentes del colapso en el nivel de la demanda efectiva: algunos se colocan en posturas evidentemente superficiales al calificar la manifestación del proceso de crisis (la caída de la bolsa de valores en octubre de 1929) como la causa de la Depresión económica. Ignoran el hecho de que ya desde 1928 ocurrió una fuerte caída del sector de la construcción y durante el verano de 1929 los datos mensuales sobre producción industrial evidenciaban el enfriamiento de la economía norteamericana<sup>12</sup>. La política monetaria restrictiva aplicada por la Reserva Federal en 1928 aparece como un «choque externo» en *interpretaciones que asumen al sistema como esencialmente estable*, o en aquellas que privilegian los errores en la aplicación de las políticas. La explicación no reside, en exclusiva, en una decisión interna, doméstica, de la autoridad monetaria de los Estados Unidos, sea para restringir la oferta de dinero, para equilibrar el presupuesto o para moderar el crecimiento del mercado de valores, a través del aumento de la tasa de interés. Esta decisión de política también fue orientada por lo que ocurría en el contexto internacional, justamente, por privilegiar la férrea defensa y protección del patrón oro: está relacionada con el flujo del metal áureo desde la economía norteamericana hacia Francia, motivado por la subvaluación del franco. En los Estados Unidos, esta situación si bien fue determinante en el inicio del proceso, quizá no lo fue, o no lo fue tanto, al final del mismo. En cambio, el mantenimiento cuasi religioso del automatismo de mercado sobre la base de dicho patrón monetario (según lo ha señalado Polanyi) sí fue determinante en el resto de países europeos que ya experimentaban reservas escasas del metal desde mediados de los años veinte, y ante una

política de tasas de interés en ascenso en los Estados Unidos, que atraía oro hacia sus arcas, se vieron obligados a seguir las mismas políticas restrictivas. El resultado fue el enfriamiento simultáneo de la economía mundial, que según la explicación «internista» se debió al «efecto de retroalimentación de la política monetaria de Estados Unidos dirigida a frenar el auge en el mercado de valores»<sup>13</sup>, o en la variante de los «keynesianistas internacionales» (a la Kindleberger) debida a una ineficaz política económica norteamericana al negarse a asumir la responsabilidad de conducción como líder del capitalismo mundial y servir de «prestamista internacional en última instancia»<sup>14</sup>, una vez que se hubo agotado el poderío monetario de la libra esterlina. Son las menos, aquellas interpretaciones que insistan en asociar tal situación, y el proceso que desencadena, con la ofensiva capitalista de entreguerras que se propuso reducir la retribución a la fuerza de trabajo y frenar la incontrolable inflación para así restaurar las tasas de ganancia que parecen precipitarse hacia la baja evidenciando la naturaleza del proceso de sobreacumulación, y no necesariamente de subconsumo.

Lo cierto es que el mantenimiento del patrón oro (*gold standard*) en su versión de sistema monetario basado en divisas y oro (*gold exchange standard*), a partir de 1925,<sup>15</sup> no sólo significaba volver al orden del pasado, también tuvo el significado de transmitir la depresión de un país a otro. Esto generaba una situación insostenible, por las razones que apuntaba, en su momento, Schumpeter:

La 'estabilización' de la libra en lo que era, desde el punto de vista de las condiciones existentes, un valor artificial, significó naturalmente una dislocación de los negocios, el establecimiento de un premio a las importaciones y de un impuesto a las exportaciones, la intensificación de las pérdidas y el desempleo, lo que creaba una situación eminentemente inestable.<sup>16</sup>

Los descalabros no se restringen a los países centrales, nos encontramos ya ante una crisis mundial,<sup>17</sup> cuyos impactos en aquellos países que comienzan a desarrollar vínculos con ciertos segmentos de la economía mundial serán severos (no porque no los tuvieran antes, sino porque se han modificado, el tipo de articulación y las



formas de subordinación, una vez que estos vínculos comienzan a girar en torno a la maduración de mecanismos de «dependencia capitalista» en un «mercado mundial específicamente capitalista»), sobre todo, en aquellas economías nacionales que se han especializado, o fueron especializadas, en la monoexportación, o en el comercio de unos pocos productos primarios.

Las consecuencias de los juegos de la bolsa del 29 no se limitan a la extensión del proceso como Gran Crisis hasta el 33, incluyen a todo lo largo de la década «una drástica deconstrucción del sistema productivo, de las finanzas, de la fuerza de trabajo, finalizada sólo aparentemente por la inminencia de una guerra general»<sup>18</sup>. Por ello mismo, Claudio Napoleoni no duda en afirmar que «la situación económica de los años comprendidos entre 1930 y 1939 fue designada con el nombre de 'gran depresión'»<sup>19</sup>. La respuesta a tan profunda recesión es un agudizamiento de la pugna entre las clases, que desde el lado del poder no se agota en políticas deflacionistas que agravan la crisis, sino que cobra un certero efecto disciplinante, a través del desempleo masivo. Con sus variantes, las reacciones de las potencias imperiales occidentales dominantes incluyen el Nuevo Trato Rooseveltiano (Estados Unidos, Francia y Suecia) o, en sus versiones más extremas, se opta por la guerra y el fascismo (como es el caso de Alemania, Italia o España).<sup>20</sup>

El transitorio revés que para la política monetaria de los Estados significó el triunfo de los conservadores en cuanto al patrón oro (al subordinar las monedas nacionales al movimiento internacional del dinero), se traducía en una férrea disciplina financiera como manera de resistir las presiones populares, su efecto era también, sin embargo, reducir las posibilidades de manipular, por parte del Estado, el funcionamiento de la economía. La definitiva puesta en marcha de la *maquinaria estatal* en su condición de *planificadora del desarrollo* ocurre, justamente, luego del abandono del patrón oro por Roosevelt en 1933. Este tipo de política económica, sin embargo, no estaba preparada para el capitalismo sino hasta el período que se inicia en 1945, lo que ha llevado a algunos a hablar, no sin cierto exceso del «Siglo de Keynes».<sup>21</sup>

La nueva etapa conocerá nuevas formas de regulación y acumulación caracterizadas por una forma de intervención activa por parte del Estado, que en muchos ámbitos se sostendrá a través de la integración y mediatización de la clase trabajadora. El keynesianismo no es sino una respuesta al poder del trabajo (que se había hecho manifiesto con la revolución de Octubre de 1917) y su incorporación en la activación del ciclo económico: no podía ser eludido ni puesto a un lado en la consideración del mismo como factor integrante de la demanda efectiva. El reconocimiento del poder de los trabajadores, del simple hecho de «poder no trabajar» se efectuó a través de un traslado y una transformación. En primer lugar, *la lucha obrera* ya no se concentra en las condiciones de la producción sino que *se traslada hacia los montos de la compensación monetaria*, en segundo lugar, *las presiones salariales son virtualmente transformadas en demanda potencial de mercancías*, todo ello a través de las políticas keynesianas de fomento deficitario de la inversión cuyo eje sería el impulso de la propensión al consumo<sup>22</sup>. Este complejo e inestable *compromiso histórico* combinaba incorporación/exclusión, por el lado del capital, y conformismo/rebelión, por el lado del trabajo<sup>23</sup>. La forma en que se manifestó dicho patrón de relaciones sociales asumió variantes diversas de corporativismo.

*Por el impacto de la crisis de 1929*<sup>24</sup> y la prolongación de esta situación sin operar una eficaz solución de la misma hasta la segunda guerra mundial<sup>25</sup> (la cual será obtenida, entre otros medios, a través de un proceso literal de destrucción y desvalorización del capital), *vuelve a reavivarse la polémica acerca del derrumbe del capitalismo*.

Esto ocurrirá, justamente, por el hecho de que el sistema reconoce, en ese preciso momento, la maduración definitiva de dos poderosos límites. Por un lado, en términos de la relación horizontal, de la competencia entre capitales, se verifica la destrucción del orden estatal existente en dos de sus pilares (el patrón monetario y la Liga de las Naciones), por el otro, en el marco de la relación vertical, de la confrontación entre capital y trabajo, el primero experimenta un hasta aquí (en términos del patrón de relaciones sociales existentes) con la revolución de 1917 y la toma

del poder por parte de los bolcheviques (ni la prolongación artificial del ciclo vía el crédito, ni las políticas keynesianas manifestaron, hasta aquel momento, tal poder de contención y mediatización de la respuesta obrera).

En esta ocasión los *elementos de recuperación del enfoque derrumbista* son aportados por la *opus magna* de Grossmann que, precisamente, se publica por primera ocasión en 1929 en Alemania<sup>26</sup>. Dicho autor, buscando suscribir la posición de Rosa Luxemburgo, paradójicamente, lo hará apoyando su interpretación en una ampliación del alcance de la serie de años que comprendían los esquemas de la reproducción elaborados por Otto Bauer, (los mismos que este último había preparado para refutar a la revolucionaria polaca). He ahí una de las mayores limitaciones del texto de Grossmann. Los méritos de la obra de éste, como veremos más adelante, habrá que buscarlos en otra parte pero, indudablemente, no en el propósito de completar o corregir tales esquemas. En *la primera evocación de la formulación derrumbista*, al haberse orientado la discusión del destino del capitalismo por el camino equivocado o trunco de los esquemas de reproducción (como ha sido nuestra intención argumentar), lo que *había revelado* era una *segunda* y más encubierta *limitación neoclásica del debate* (anteriormente, señalamos una primera, caracterizada por la penetración marginalista sobre la socialdemocracia), que residía en el hecho de que, al sostener una imposibilidad absoluta del sistema, en algún punto de la línea del tiempo, en lo que se caía era en una *interpretación estática que terminaba por negar la condición dinámica que envuelve la fecunda dialéctica entre contradicciones y crisis*: entre superación de los límites y establecimiento de nuevos límites a superar por el capitalismo, entre superación de la crisis y reproducción a un nivel más alto del despliegue de las contradicciones del sistema. En suma, crisis y posibilidad de re-producción del sistema, sí, pero sobre la base de una continua y creciente re-producción ampliada de sus contradicciones.

La reflexión de Grossmann se inscribe en un período de franco florecimiento de institutos que se ocupan de la investigación coyuntural de la economía (como es el caso en los Estados Unidos, en Alemania y en la Unión So-

viética). Por dicha razón, esta *segunda evocación del planteo derrumbista*, estará marcada por el énfasis en ocuparse de investigar el «problema de la *periodicidad de las crisis del ciclo coyuntural* y el problema de la determinación de la duración de su fase»<sup>27</sup>. Es el caso que Grossmann parte de constatar el fracaso de la economía burguesa (no sólo en las versiones más vulgares, que llegaron a ligar el comportamiento de las crisis comerciales al número de manchas solares –Jevons–, o a la posición de Venus con respecto a la Tierra y el Sol –Henry L. Moore–, sino en las más calificadas del momento) y de la propia economía marxista, en sus versiones dominantes, para desarrollar una explicación «por la vía puramente deductiva... [acerca de]... la amplitud de los movimientos ondulatorios como consecuencia necesaria de los elementos fundamentales del movimiento de reproducción».<sup>28</sup> Grossmann considera estar ofreciendo no sólo una teoría de la crisis que se encamina por «la reflexión causal»; en lugar de aquellas construcciones empírico-analíticas que «impulsan en primera línea la sintomática». Mientras la primera posición trata de encontrar al «agente patógeno de las oscilaciones coyunturales», la segunda se contenta con «la exposición lo más completa posible de la sintomatología y del curso de la enfermedad».

Más allá de esta analogía médica, que trata de hacer paráfrasis con respecto a la diferencia entre esencia y apariencia de los fenómenos, la teoría de Grossmann reconoce una legalidad inmanente en la acumulación capitalista (la tendencia decreciente en la tasa de ganancia en medio de la actuación de fuerzas contrarrestantes). El empuje expansivo a través del vínculo entre crisis y re-producción, le otorga carácter de necesidad al *desarrollo cíclico* de la acumulación que, en un determinado período, conduce a la sobreacumulación de capital, momento en el cual no puede avanzarse más en la capitalización, dado que hay falta de oportunidades para la inversión (pues dicho capital o nuevo capital sólo podrá acceder a tasas insuficientes de valorización). Se registrará, por ello, un estado de «absoluta sobreproducción»<sup>29</sup>. Con dicho análisis, Grossmann no sólo plantea estarle dando respuesta a la lógica de funcionamiento de «los tres mercados»: el de la esfera de la producción (*business*), el del mercado monetario (*money*) y



el de la bolsa de valores (*speculation*), sino que lo hace afirmando que los movimientos de estos últimos «dependen de los procesos en la esfera de la producción»,<sup>30</sup> sin necesidad de partir de una supuesta supremacía del capital financiero sobre el productivo (como lo venían afirmando las distintas variantes del «capital monopolístico»).

El argumento de Grossmann conduce, por la vía de señalar cómo desde el proceso de sobreacumulación «resulta necesariamente el periódico desarrollo del proceso de reproducción», y se colocan las bases para la propensión imperialista del sistema. Es una explicación cuyo hilo conductor se localiza en la sobreproducción de capital y no, como era costumbre hasta ese momento, en argumentos subconsumistas. Tanto la expansión colonial como la exportación de capital persiguen la pretensión de sostener la tasa de ganancia de corporaciones industriales, comerciales y financieras que se mueven en un radio de operación multinacional, buscando desarrollar nuevas producciones que operando desde composiciones orgánicas de capital más bajas permitan la transferencia de plusvalor desde dichas zonas (periféricas) y el aumento del margen de capitalización (en los centros), a través de la realización de plusganancias. Pero no sólo ello, más importante aún es el énfasis por registrar que «la teoría marxiana de la acumulación conduce a una teoría del derrumbe y de la crisis»<sup>31</sup>. En la argumentación de Grossmann el derrumbe del capitalismo tiende a ser identificado como episodios de crisis no obstaculizadas por ninguna contratendencia, o si se prefiere, períodos en que se experimenta no sólo la caída tendencial de la tasa de ganancia, sino que ésta alcanza a impactar sobre su dimensión absoluta, afectando a su masa de ganancia.

Tal dinámica procesual, dialéctica, tiene por base el vínculo entre crisis y caída del capitalismo pues, en Marx, el proceso de crisis es inherente a un sistema que no se caracteriza por el «equilibrio». Por el contrario, desde la teoría económica burguesa se sostendrá que, a todo período de crisis le sigue uno correspondiente de auge, revelando un cierto automatismo, presente en cuanto tal, en las teorías sobre la «regularidad irregular» de las fluctuaciones económicas (Schumpeter *dixit*<sup>32</sup>). Sin embargo, quizás

sea unos años antes del 29 cuando encontremos el origen de tal orientación de la discusión hacia una de sus más socorridas vertientes, la del ciclo económico, que tenderá a identificar y clasificar ciertas regularidades sistémicas: no sólo en períodos cortos, como lo hacían ya los clásicos y el mismo Marx, sino en sucesiones periódicas de oscilaciones más largas, de ciclos económicos largos, de entre 50 y 60 años de duración. El mérito corresponderá, en este asunto, al economista ruso Nicolai Dimitrievich Kondratiev, quien justo en el momento de la aparente recuperación de la economía en los años veinte (unos años después de culminada la gran guerra de 1914 – 1918 y apagada la «revolución mundial») escribe entre 1922 y 1928, sobre los «ciclos largos de la coyuntura económica».<sup>33</sup> El destino del economista ruso será el mismo que le deparó a Bujarin, y a tantos otros, durante las purgas estalinistas. En su caso, parece estar asociado a las consecuencias económicas y políticas que se desprendían de *sus planteos* que, justamente, *predecían el inicio de una nueva fase depresiva una vez culminara la década de los años 20 del siglo pasado*, pero no consentían en señalar una situación de «crisis general del capitalismo», como era la línea del partido y de la cúpula estalinista, pues, según la argumentación de Kondratiev, la culminación de dicha fase de tonalidad depresiva estaría colocando, en perspectiva, la posibilidad de edificar los cimientos para un nuevo auge. Mientras en las sociedades de tipo soviético Kondratiev es, en los hechos, condenado al olvido, en Occidente sus planteos serán recuperados en los estudios que por aquellos años está realizando, a propósito de la *dinámica económica*, el gran economista austriaco Joseph Schumpeter, quien junto a Keynes, serán dos de los más significativos autores que escribirán en contra del pensamiento único del momento: la *estática económica* inherente a los desarrollos marginalistas, neoclásicos y del equilibrio económico general. Sin embargo, no sólo Kondratiev, también Schumpeter tuvieron que esperar a la ocurrencia, durante los años setentas del siglo pasado, de un nuevo período de tonalidad recesiva para que sus ideas y teorías fueran tomadas con mayor atención, tanto por los economistas como por el resto de científicos sociales.

La interpretación de la historia económica de la era industrial propuesta por Schumpeter en una de sus obras más importantes, *Ciclos económicos*, publicada originalmente en 1939<sup>34</sup> y de la que se dispone de una edición en castellano hasta 2002 (es decir, desde su aparición contando con la mala fortuna de colocarse justo al medio de la edición de la *Teoría General* de Keynes, publicada en 1936, y cinco años antes que la publicación de *Camino de Servidumbre* por Hayek y *La Gran Transformación* de Polanyi, ambas de 1944), consiste en la superposición de tres series de ciclos de distinta duración: en primer lugar, los cortos o de negocios con una duración media de 40 meses que se denominan en honor a su descubridor Joseph *Kitchin*, en segundo lugar, el ciclo de duración decenal asociado al nombre de Clement *Juglar*, de mucha importancia en el soporte empírico que servía de base a las teorías del subconsumo por ahí de la primera mitad del siglo XIX y, por último, el ciclo económico largo, ligado como hemos dicho a *Kondrátiev*. Ciclo, éste último, que en aras de precisión debe ser considerado de duración intermedia, si lo colocamos en su justa dimensión histórica, pues, cuando menos en dos variantes del análisis historiográfico contemporáneo, se han reconocido oscilaciones de periodicidad aún más vasta. Desde la *escuela del sistema-mundo*, han sido identificadas ondulaciones de *tendencia secular*, identificadas con las fases de sustitución hegemónica (Wallerstein) o con los ciclos sistémicos de acumulación (Arrighi), que no hacen sino desplegar el argumento de la escuela de la *nueva historia francesa* que ha documentado la existencia de *ondas logísticas* de entre 150 y 300 años, asociadas a las pautas de precios en inflaciones o deflaciones de largo aliento.

Entre los aportes más importantes de Schumpeter se encuentra su teoría de la innovación, a la que considera el principal motor del crecimiento capitalista, en la medida en que residía en ella la capacidad de destruir «el equilibrio». La innovación no se reduce al cambio tecnológico, abarca el cambio organizativo y el de la propia estructura social. Se incluyen dentro del concepto de innovación, en el modelo de Schumpeter, cinco tipos, según se deban a la fabricación de un *nuevo producto*, el empleo

de una *nueva técnica*, la conquista de un *nuevo mercado*, el descubrimiento y utilización de una *nueva fuente de materias primas*, y la consecución de una *nueva organización económica de la producción*. Dicha condición multidimensional será la que le permite constituirse en la principal fuente del beneficio empresarial, justamente, por el hecho de que brinda mayores oportunidades para la obtención de ganancias extraordinarias (durante el margen de tiempo en que el resto de capitales se actualizan con respecto al capitalista adelantado que, mientras tanto, ha gozado del beneficio de monopolio). Sus efectos no se reducen a ello, la innovación sustrae de sus usos anteriores los recursos necesarios a fin de ser utilizados en nuevas posibilidades (que permitan producir a un costo unitario inferior), dicho comportamiento no sigue al desarrollo, sino que lo crea.

Las innovaciones industriales constituyen la base del desarrollo económico que ocurre en el marco del desequilibrio, de la competencia dinámica (imperfecta) entre empresarios, que no meramente capitalistas. El énfasis por parte de Schumpeter se coloca del lado de la oferta, del lado de la inversión autónoma, nueva, o de su re-localización, «este proceso provoca automáticamente cambios estructurales y desequilibrios». <sup>35</sup>

Una vez que se han registrado innovaciones radicales, no sólo se desequilibran las estructuras de mercado existentes, el proceso puede llevar a la destrucción del equilibrio anterior. Los cambios se presentan por racimos en un proceso que, en efecto, provocaría una «destrucción creativa» como el eje en el que se despliega la «dinámica económica», que se experimentaría en oscilaciones coyunturales de largo aliento (ondas largas). Así como el empresario innovador obtendrá su recompensa si dicha operación se lleva a cabo con éxito, pudiendo generar períodos de crecimiento excepcional y, en su caso, beneficios temporales, extraordinarios, por su condición monopólica; una parte de los capitales existentes puede ver en ello una amenaza de desaparición mientras que otra parte puede sumarse al conjunto de imitadores que siguen los pasos del innovador. Tales planteamientos conducen a



...entender el monopolio desde una perspectiva totalmente diferente a los economistas convencionales [...] Schumpeter sostenía que el monopolio permite la concentración de los recursos necesaria para conseguir los grandes saltos innovadores ... los economistas convencionales se centraban en los problemas estáticos producidos por el monopolio, Schumpeter percibía las potencialidades dinámicas relacionadas con dichas concentraciones de poder.<sup>36</sup>

Si en Schumpeter las fases de expansión del ciclo largo provocan períodos boyantes de la inversión al desatar mayores y nuevas posibilidades de obtener alta rentabilidad; ya en sus seguidores (economistas de la innovación como Freeman, Clark y Soete) estos períodos pueden traer por efectos, ya sea la creación de nuevos empleos, o el desplazamiento de puestos de trabajo en las menores escalas de cualificación,<sup>37</sup> o bien, la propia generalización y creación de nuevos instrumentos o mercados para las actividades especulativas y bursátiles que alientan y propenden a la conformación de burujas financieras (Carlota Pérez).<sup>38</sup>

Del período que le tocó en suerte analizar a Kondrátiev, más por razones de disposición de datos que por un recorte epocal, como sí será el caso en la literatura posterior a la sistematización Schumpeteriana, se pueden contar la existencia de cuatro ondas largas, cada una, como sostendrá el economista austríaco con una causalidad propia y una dinámica particular que le otorga la posibilidad de consolidar fases de expansión. La primera onda larga, que duraría desde 1780 hasta 1850, ocurre justo con el arranque de la primera revolución industrial y reposa en la mecanización de la industria textil y la utilización del vapor para mover máquinas. El segundo Kondrátiev abarcaría la segunda mitad del siglo XIX hasta 1893 y su eje conductor estaría, entre otros factores, asociado al gran *boom* de la revolución en el transporte operada por los ferrocarriles, su efecto de arrastre irradiaría hacia otros sectores, entre ellos dos de los más importantes del período, el hierro y el acero. La tercera onda larga transcurriría justo desde la *belle époque* hasta la crisis de 1929, y asocia su efecto expansivo a la llamada segunda revolución industrial, cuya base será la electricidad, la química industrial, y el uso generalizado del motor de combustión interna, y por tanto, del automóvil. El cuarto de este tipo de ciclos, fue

dinamizado por un racimo de innovaciones tecnológicas identificadas con la tercera revolución industrial o revolución científico-técnica, ligada a los desarrollos de la electrónica, la microelectrónica, la petroquímica, los productos sintéticos, etcétera. Arrancó con la segunda posguerra y, se supone (y en ello experimenta el efecto nocivo de cierto determinismo o mecanicismo en su lógica de funcionamiento), debiera estar registrando, en esta coyuntura histórica, no sólo la culminación de su fase recesiva, sino la edificación de las bases de un nuevo período de prosperidad. Sin embargo, como varias de las escuelas del pensamiento crítico han documentado, esto no está ocurriendo, justo por carecer de los cimientos para un nuevo auge cuyas bases reposarían en *amplias innovaciones tecnológicas que impacten en la sustitución del patrón energético* (cuando, en rigor, lo que puede estar ocurriendo es el agotamiento del período de utilización de combustibles fósiles) *y en la conformación de un nuevo patrón de relaciones sociales* (mientras lo que ocurre en el mundo entero es una innegable crisis del neoliberalismo y el paso a una fase de resolución bélica del conflicto social). Por ello, ante una aceptación más o menos generalizada de que se han agudizado las tendencias entrópicas y auto-destructivas del sistema, con posibilidades de abrir una gran bifurcación, las opiniones se dividen, al seno del propio pensamiento crítico, en términos de cómo caracterizar el estado actual del capitalismo: Era de transición, capitalismo senil decadente, nuevo imperialismo, imperialismo tardío, imperio, capitalismo complejo, etc.

No obstante los méritos que puedan tener los esquemas de investigación sobre dinámica económica de raigambre schumpeteriana, la teorización sobre los ciclos largos de coyuntura económica que deben su nombre a Kondrátiev, y los estudios de economía de la innovación (que no hacen sino desarrollar los dos enfoques anteriores), ninguno de ellos ha podido dar respuesta a una serie de importantísimas cuestiones: hablar de ciclos remite a regularidades, a ciertas pautas recurrentes, esto conlleva la existencia de ciertas estructuras que explican dichas pautas de recurrencia; sin embargo, hasta ahora, no se ha alcanzado todavía claridad al respecto. Es aceptado que tales comportamientos cíclicos largos están relacionados con «el papel de

la acumulación de capital (inversión) en el ciclo económico»<sup>39</sup>, o mejor aún, que el «fenómeno de las ondas largas es en primer lugar, un fenómeno global ‘mundial’»<sup>40</sup> o, como afirma Wallerstein, en el caso de los ciclos Kondrátiev «debe tratarse de fenómenos que abarcan la totalidad de la economía–mundo»,<sup>41</sup> sin embargo, no se ha profundizado en las consecuencias que tendría remitir a tal unidad de análisis (sistema–mundo contemporáneo), si colocamos a ésta en su larga escala temporal y en su despliegue planetario. Abundar en dichos efectos o consecuencias, significaría admitir que puede haber un comportamiento no sólo dispar, sino desigualmente combinado, tanto en sectores como en zonas de la economía–mundo.

Por otro lado, al descomponer la totalidad amplia del sistema–mundo moderno en su dimensión temporal, estableciendo un esquema *ante 1800 y post 1800*, otorgándole a la existencia de las ondas largas una característica inherentemente capitalista, dichos ciclos económicos largos no pueden sino obedecer al principio mismo que conduce a la totalidad del sistema. Es decir, la cuestión clave residirá en el comportamiento de la tasa de beneficio: Si esto es así, se topa con problemas formidables, según Wallerstein, pues no basta con afirmar que una teoría marxista de las ondas largas será una teoría de la acumulación de capital y de la tasa de ganancia, hará falta «conocer esa tasa para el conjunto de la economía–mundo»<sup>42</sup>. Tal indicador podría ser no sólo comparado sino extrapolado o estimado a través de otra serie de cálculos (de niveles de precios, volumen de producción, renta, salarios, transferencia del excedente, o movimiento de la tasa de interés, como es el caso en el análisis que Mandel desarrolla en *El Capitalismo Tardío*), que adolecerían, evidentemente, de un alto grado de agregación, pero que, sin embargo, son de los que se puede disponer dada la estadística existente (en términos de indicadores macroeconómicos). La cuestión no se reduce a las dificultades que conlleva el pensar en la posibilidad de obtención de tal índice (índice global de la tasa media de ganancia<sup>43</sup>), pero tales dificultades no pueden ser ignoradas, tan es así que el propio Wallerstein no duda en suscribir el dictamen de Labrousse a propósito de tales indicadores: «el movimiento de los beneficios sigue siendo el más oscuro de todos ellos»<sup>44</sup>.

### 5.– Crisis económica, sobreproducción y tasa de ganancia

Luego de este quizás excesivo rodeo podemos afirmar que, en correspondencia con el señalamiento inicial de Anwar Shaikh (pues él pone el acento en las posibilidades heurísticas del vínculo reproducción – crisis), se pueden distinguir *tres soluciones al «problema de la realización» en la historia de la economía política*<sup>45</sup>.

En el caso de *la primera*, aunque el funcionamiento del sistema económico tropieza con tal dificultad encuentra siempre los medios para salirle al paso, o en definitiva, no existe tal problema en realidad, pues cada oferta crea su propia demanda; trátase en dicho caso de la famosa «Ley de Say», aunque en esa línea se ubican también David Ricardo y John Stuart Mill. El primero, aunque a través de una equívoca idea de la tasa de ganancia, asociada a los rendimientos decrecientes en el agro, apunta en dirección a una crisis final del capitalismo<sup>46</sup> que, sin embargo, siempre que se produzca en las cantidades correctas, o en las proporciones adecuadas, logrará atenuar el «problema de la realización», postulando con ello un equilibrio metafísico entre productores y compradores, o dicho en otros términos, se termina por equiparar la producción capitalista a la producción mercantil simple. Lo que Ricardo plantea para el caso de disponibilidades limitadas de tierra, fue una explicación muy socorrida en el caso de aquellas interpretaciones que sitúan el origen de la crisis actual del capitalismo, a inicios de los años setenta del siglo xx, en el encarecimiento del petróleo: al agotarse un recurso natural básico se tiende a su progresivo encarecimiento, y con ello a una transferencia de renta hacia los propietarios de dicho bien, eso generará una presión a la baja en su consumo y una caída persistente en la tasa de rentabilidad y en el ritmo de inversión productiva en otros ramos de la economía, ello propiciaría un descenso en la tasa de crecimiento económico, su desaceleración o estancamiento, hasta en tanto no se aseguren suministros adicionales de dicho recurso o se resuelva por otros mecanismos la situación de escasez (como puede ser el caso de un nuevo



patrón tecnológico con una base energética sustituta; sin embargo, como ya hemos dicho más arriba, hasta ahora, en los albores del tercer milenio, esto no ha sido posible).

Por el lado de Mill, el paso de una acumulación neta positiva a una acumulación neta nula o negativa conduce al sistema económico a una situación de «Estado estacionario». Si ya se había revelado el tributo pagado a los propietarios de la tierra como un problema para el funcionamiento del sistema económico, no tardaría en llegar el momento en que se revelara la conflictiva relación entre los salarios y las necesidades de la acumulación. El riesgo permanente, para el sistema en su conjunto, de la reivindicación –por parte de los productores– de la totalidad del producto de su trabajo, ponía en riesgo no ya al beneficio mismo sino al capital acumulado, al poder ser entendido, éste también, como acumulación de trabajo no pagado<sup>47</sup>. La solución de Mill deriva de su consideración ahistórica, eterna, de las relaciones de producción capitalistas, pero histórica de sus formas de distribución. La consecución de un consumo suficiente para todos encamina al sistema a una situación estacionaria de estancamiento, sin embargo, con ello no se llega a un óptimo como cree Mill, por el contrario, como explica Napoleoni,

Aun admitiendo que el estado estacionario coincida con una saturación de las necesidades, queda el hecho muy poco atendido por Mill de que el paso de una acumulación neta positiva a una acumulación neta nula no es un simple episodio técnico, sino que involucra la misma existencia del modo de producción capitalista, que está estrechamente ligada al proceso acumulativo.<sup>48</sup>

En este plano se revelan también las limitaciones propias de los análisis que descuidan el ámbito de la dinámica económica ligada al proceso acumulativo, al no reconocer que este abarca la producción y re–producción ampliada no sólo de la vida material y de la búsqueda del abatimiento de la escasez (ámbito del valor de uso), sino la producción y re–producción ampliada de las relaciones sociales (ámbito de la forma valor y del valor de cambio) y de las contradicciones mismas en las que éstas ocurren (ámbito del valor valorizándose, del capital como contradicción viva).

En el caso de *la segunda* solución, la realización del plusproducto es improbable (por la razón de que el capital no paga todos los costos de producción completos al no dar al obrero un ‘salario suficiente’) salvo que se lo venda en el extranjero, o encuentre ámbitos de solución a dichas «fallas del mercado». Esta línea es la propuesta por Sismondi, y, aunque parece más realista en comparación con la de Mill, conlleva dificultades insalvables en las que recaen, como hemos visto, todas las aproximaciones que tienen por raíz, o por base, las tesis subconsumistas.

*En tercer lugar*, en el caso de Marx, la realización del plusvalor, la re–producción del capital en escala ampliada ni es imposible (como en Sismondi) ni puede proseguir hasta el infinito (como es la visión de los clásicos, y muy en especial, de Ricardo), sino que dicho sistema resuelve esta contradicción («esos límites que le son inmanentes»<sup>49</sup>), en virtud de encontrar los medios (extensión de los mercados «externos e internos») que superando esas barreras a la producción «vuelven a alzar ante ella esos mismos límites, en una escala aún más formidable»<sup>50</sup>, esto es, resuelve dicho problema (o, en otro contexto, otro problema, como puede ser el de la tasa de ganancia, el de la desvalorización, o el de la destrucción de capital, etc.) pero sin abolir tal dificultad por completo, relegándola a una esfera más amplia, a una escala mayor, a un espacio más amplio, convirtiendo las soluciones de corto plazo en problemas de mediano o largo plazo, tratando de restaurar el equilibrio a costa de desequilibrar a las dos fuentes creadoras de riqueza en este y cualquier modo de socialidad posible: el ser humano y su entorno ecológico.

El principal problema con el que se topa la re–producción ampliada de capital no es sino manifestación del elemento contradictorio que reside en dicho ámbito: la discusión y distinción de los diversos tipos de plusvalor (absoluto extensivo, absoluto intensivo, relativo directo, relativo indirecto, extraordinario, suplementario<sup>51</sup>) a los cuales acude el capital para apropiarse del trabajo excedente. En dicho caso no nos encontramos frente a una exposición genealógica (no estamos, tampoco, ante un esquema diacrónico), en que históricamente cada uno de dichos mecanismos de expropiación del valor ajeno van

siendo substituidos, superados, y dejados de lado (en cuyos extremos se ubicarían, de un lado, la ampliación de la jornada laboral y, del otro, la más actualizada manifestación de la innovación tecnológica); por el contrario, la cuestión es sincrónica, y compleja (más aún si insistimos en una unidad de análisis conformada por la economía–mundo capitalista en su conjunto). Como bien lo señala Shaikh «los capitalistas constantemente prueban todos los métodos de incrementar la tasa de explotación»<sup>52</sup>. Sin embargo, este reconocimiento no debe oscurecernos el hecho de que, *tendencialmente*, sea *a través del incremento de la productividad del trabajo como el capital intenta incrementar el grado de explotación*. Y ello, no por otra razón sino porque, a través de la confrontación de clase y como producto histórico de su lucha, la clase obrera ha limitado las posibilidades de alargar la jornada de trabajo y de bajar el nivel real de los salarios hasta su límite fisiológico. En esta circunstancia el desarrollo del capitalismo se topa con una contradicción que le es intrínseca: «para valorizarse, el capital debe transformarse en medios de producción e incrementar la productividad del trabajo, pero su valorización, determinada por la relación entre trabajo necesario y plus-trabajo, es cada vez más difícil a medida que la capacidad productiva se desarrolla y el trabajo necesario se aproxima a su límite inferior»<sup>53</sup>.

De tal modo, los medios por los cuales se aumenta la tasa de explotación tienden a hacer caer la tasa de ganancia. El incremento de la productividad se hace posible recurriendo a medios de producción más eficaces, lo cual se expresa en un incremento relativamente mayor de la parte constante del capital y un incremento relativamente más débil de la parte variable, la creadora de nuevo valor (no es otro el significado de un aumento en la composición orgánica del capital), esto significa una presión hacia la baja en la tasa de ganancia. En palabras de Shaikh, «la creciente productividad del trabajo se manifiesta en una ganancia decreciente del capital»<sup>54</sup>. Mientras en el caso de la relación entre productividad y tasa de plusvalía hay una relación directa (el incremento en la primera propicia un incremento en esta última), diferente es la situación si referimos la productividad –el cometido de incremento en la valoriza-

ción– al conjunto de capital adelantado y a su composición. La búsqueda de una mayor valorización del capital, y con ello su reproducción en escala ampliada, que aparece como un producto de la competencia entre capitales<sup>55</sup> (con el evidente incremento de la tasa de plusvalía, sea por métodos de extracción de plusvalor absoluto o relativo, por su combinación, o por la rebaja del salario a menos de su valor), acelera la composición orgánica de capitales: crece más en términos relativos la parte constante del capital, que la variable, aunque cualquiera de las dos o las dos crezcan en términos absolutos.

Esta composición orgánica de capital más elevada, resultado de la búsqueda del plusvalor extraordinario<sup>56</sup>, acelera la caída de la tasa de ganancia,  $g' = pv / C + V$  (puesto que el plusvalor,  $pv$ , se mide con el total del capital global adelantado  $-C + V-$  y no sólo con el capital variable) en este último caso se trataría de la tasa de plusvalor,  $pv' = pv / V$ , de ahí que *la tasa de ganancia siempre expresa la tasa de plusvalor más baja de lo que es*.<sup>57</sup>

Se provoca, a través de este proceso, un movimiento dialéctico, procesual, en el que la caída de la tasa de ganancia acelera la concentración y centralización de capital (expropiación de capitales menores, o del capital estatal)<sup>58</sup>. Este mismo proceso torna más lenta la formación de nuevos capitales autónomos. De este modo, la baja de la tasa de ganancia aparece como «una amenaza para el desarrollo capitalista de la producción [...] puesto que [...] promueve la sobreproducción, la especulación, la crisis y el capital superfluo, además de la población superflua»<sup>59</sup>. Y, en cuanto a la competencia entre capitales, éstos se ven constantemente «obligados a disminuir los costos unitarios, a modo de obtener un margen sobre sus competidores [...] Por lo que concierne al éxito en la batalla por las ventas, es bueno todo lo que reduzca los costos unitarios»<sup>60</sup>. Con motivo de esta confrontación horizontal, por llamarla de algún modo, entre los diversos capitales que compiten por mantener o incrementar sus tajadas de mercado, de nueva cuenta nos topamos con el hecho de que será por medio del incremento en la productividad del trabajo como se busca reducir los costos unitarios, o si se prefiere, la reducción del valor individual de los productos.



En el marco de la acumulación de capital y su reproducción en escala ampliada, será la búsqueda del plusvalor extraordinario lo que propende a la sobreacumulación y la sobreproducción: el mayor crecimiento relativo de la parte constante del capital en relación a su parte variable ( $\Delta C \geq \Delta V$ ), haría decrecer la tasa de ganancia si no intervinieran contra tendencias que actúan sobre la tasa de plusvalía y la composición orgánica de capital –incremento de la explotación del trabajo, reducción del salario por debajo del valor de la fuerza de trabajo, desvalorización del capital constante, desmaterialización del capital fijo a partir del desarrollo tecnológico, comercio exterior, reducción del tiempo de rotación del capital, intervención del Estado, la lucha de clases y la relocalización del capital hacia zonas de menores salarios, regulación o desregulación estatal, etc. En este sentido *el comportamiento de la tasa de ganancia será la expresión acotada por la variación de ambos elementos condicionales, la tasa de plusvalía y la composición orgánica de capital*. Esta situación puede ser formalizada del siguiente modo: Si, como hemos definido  $g' = pv / (C + V)$ , y si entonces dividimos por V el numerador y el denominador de esta expresión, se obtiene la siguiente:

$$g' = pv / (C + V) = (pv / V) / [(C + V) / V] \\ = pv' / [(C / V) + 1] = pv' / (1 + q)$$

en donde  $q = C / V$ , esto es, q representa la composición orgánica de capital.

Esta expresión se forma en el entendido del supuesto de una rotación de capital igual a 1, esto es, «que las existencias de capital invertido C y V son iguales a los flujos de capital c y v consumidos a lo largo del período considerado»<sup>61</sup>. Si no fuese ése el supuesto y se considerara que, tal como por otra parte parecería ser una tendencia observable, el tiempo de rotación global del capital constante sería de más de un año y el del capital variable de menos de un año, entonces la tasa de ganancia pasa a depender, también, de la tasa de rotación del capital variable: «Si las existencias de capital variable adelantado V efectúan  $n_v$  rotaciones a lo largo de un año, entonces el flujo anual del capital variable o capital variable gastado en el transcurso de un año, v, es igual a  $Vn_v$  y la plusvalía anual es igual a  $pv'v = pv'Vn_v$ »<sup>62</sup>, con ello la razón matemática

que expresa la tasa de ganancia se manifiesta del siguiente modo, que no hace sino expresar la inclusión de la rotación del capital:

$$g' = pv'Vn_v / (C + V),$$

y puede ser generalizada como sigue:

$$g' = [pv'Vn_v / V] / [(C + V) / V] = n_v pv' / (1 + q).$$

Una tercera expresión del cálculo de la tasa de ganancia puede resultar, también, de utilidad, sin necesidad de recurrir a una mayor matematización que aquella que corresponde a algunos elementales cálculos algebraicos. Esta expresión resulta de que, en lugar de dividir nuestra expresión original,  $g' = pv / (C + V)$ , se multiplican por V el numerador y el denominador de la expresión algebraica de la tasa de ganancia. Con ello tendríamos una formalización del tenor siguiente:

$$g' = pv / (C + V), = (pv / V) * [V / (C + V)] \\ = pv' [1 - C / C + V] = pv' (1 - q_0)$$

$q_0 = C / C + V$ , que no es sino otra forma de representar la composición orgánica de capital. Si hacemos incluir, también la tasa de rotación del capital variable, la última expresión se puede escribir  $g' = n_v pv' (1 - q_0)$ . De tal modo que a la misma conclusión se arribaría desde ambas expresiones  $g' = pv' / (1 + q)$  y  $g' = pv' (1 - q_0)$ , y se aclara el papel de lo que mencionamos más arriba como *elementos condicionales*.

La tasa de ganancia es una función creciente de la tasa de plusvalía,  $pv'$ , y una función decreciente de la composición orgánica de capital, q o  $q_0$ . De esta situación, los críticos de dicha *ley de la caída decreciente de la tasa de ganancia*, han querido colegir, erróneamente, la conclusión de que cómo la tasa de plusvalía aumenta conforme crece la composición orgánica de capital, resultaría imposible afirmar cuál sería el sentido de la evolución de la tasa de ganancia, si será a la alza o a la baja, puesto que no hay modo de saber cuál de los dos aumentos prevalecerá sobre el otro. Hemos llegado hasta aquí, para percatarnos acerca de cuál es la aparente razón por la cual Sweezy llega a la conclusión que hemos anotado más arriba (véase *supra* nota al pie 116): la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia ya no es para Sweezy, como lo había expresado enfáticamente Marx, «la ley

más importante de la economía». Sería válida, según el marxista norteamericano, para el capitalismo competitivo no para el monopolístico. En este punto, como en otros, asiste la razón a Rosdoslky, en primer lugar, el supuesto restrictivo de Marx, tasa de plusvalor constante, con composición orgánica creciente, no hace depender el comportamiento a la baja de la tasa de ganancia de esta hipótesis, pues como se ha visto más arriba (*infra* pág. 59–60), se puede obtener una tasa de ganancia en descenso aún cuando haya una tasa de plusvalía en aumento, salvo en el caso en que hubiese sido superior el aumento de la tasa de plusvalor al de la composición orgánica de capital. En segundo lugar, no es ocioso hacer notar que en el caso del desarrollo capitalista nos la vemos no con determinaciones que dependen de un proceso abstracto o en el marco de una simple razón matemática, como también lo hicimos notar en otra parte<sup>63</sup>, para el caso de la recuperación de la temática de la transferencia de excedentes, sino con trabajadores reales y con condiciones materiales reales, en las que se ejerce su trabajo, el cual figura como el verdadero proceso de la vida social. La cantidad del plustrabajo que de un trabajador puede ser extraído tiene límites precisos, infranqueables, por un lado, la duración de la jornada de trabajo, por el otro, la fracción que de esta jornada es necesaria para la reproducción del valor de la fuerza de trabajo. Cada uno de ellos, por otra parte, reconoce límites que no sólo son físicos (el día sólo tiene 24 horas) o biológicos (los trabajadores no pueden vivir del aire), sino históricos y culturales. Por esta razón es válida la conclusión a la que arriba Louis Gill, «a más o menos largo plazo el aumento de la composición orgánica del capital es el que está consagrado a prevalecer sobre el aumento de la tasa de plusvalía»<sup>64</sup>. Pero incluso, en tercer lugar, desde el propio desarrollo de la formalización matemática se ha demostrado por la vía del Teorema de Okishio<sup>65</sup>, que para el largo plazo el efecto del alza en la composición orgánica de capital tiende a prevalecer sobre el aumento de la tasa de explotación. En cuarto lugar, habría que acudir a la confirmación histórica, y en ese sentido ya se disponen de múltiples trabajos que abundan al respecto y confirman la justeza de tal tendencia a caer por parte de la tasa de ganancia.

Por otro lado, esta aproximación al problema (en cuyo centro hemos colocado a la ley de la tasa decreciente de la tasa de ganancia), permite verificar la tendencia inherente al sistema a generar crisis periódicas y a mostrar cómo en el marco de las reacciones del sistema ante la crisis (uno de cuyos medios predilectos será la optimización de procesos que permitan transferencias del excedente), se recupera la dimensión dinámica del proceso (en medio de la tendencia ya señalada a la sobreproducción y sobreacumulación de capital). Por tal motivo, no podemos sino suscribir el juicio de Shaikh al respecto: «el auge del 'monopolio', la disminución de las tasas de acumulación y el ahondamiento de las luchas de clases pueden explicarse como consecuencias de las leyes básicas del desarrollo capitalista y no como factores que dan lugar a nuevas leyes, como tratan de hacerlo Baran y Sweezy».<sup>66</sup>

Un aspecto de la crisis es la caída de la tasa de ganancia (es su expresión), la cual, «se resuelve en una disminución real de la producción, del trabajo vivo, a fin de restaurar la relación correcta entre el trabajo necesario y el plustrabajo»<sup>67</sup>. Este proceso de restauración de las condiciones correctas de la valorización del capital, funciona al modo de influencias contrarrestantes a la caída de la tasa de ganancia, las que inhiben, retardan y en parte paralizan dicha caída. Este movimiento de fuerzas impulsoras de carácter antagónico (por un lado, las causas que aceleran la valorización del capital hacen caer la tasa de ganancia; sin embargo, la utilización de esos mismos instrumentos de explotación del trabajo –su refuncionalización o reconversión– hacen que ésta no caiga de modo absoluto sino tendencial) «se desahoga periódicamente mediante crisis. Éstas siempre son soluciones violentas momentáneas de las contradicciones existentes, erupciones violentas que restablecen por el momento el equilibrio perturbado»<sup>68</sup>. Es éste el nivel más rico en determinaciones y articulaciones, donde la totalidad concreta e histórica de la crisis capitalista se nos presenta ya con un «*contenido fundamentado*»<sup>69</sup>, el capital se expresa verdaderamente como «*una contradicción viva*»<sup>70</sup>.

Será, pues, en el marco de la condición inherentemente contradictoria del capitalismo que se esta demostrando lo falaz que son aquellos



análisis que parten de una consideración estática de la economía. Una vez hemos hecho entrar en nuestra consideración del problema la tendencia a prevalecer por parte de la composición orgánica del capital por sobre la tasa de plusvalor, y con ello, la propensión del sistema a sobre acumular capital, hemos llegado a lo que podría ser la conclusión de este trabajo. Como afirma Rosdolski, ilustrando los límites de las visiones desproporcionalistas de los sectores (con las cuales iniciamos este escrito), y con ello brindando una posible alternativa al planteo schumpeteriano, cuando se incorpora el progreso técnico a la esquemática de la re-producción, «las condiciones del equilibrio de la reproducción se transforman en condiciones de la perturbación del equilibrio»<sup>71</sup>. El equilibrio así perturbado, como resultado del despliegue técnico y luego científico, parece demostrar como afirma, otra vez Rosdolsky, «que el curso de la producción capitalista debe llevar, siempre renovadamente, a crisis ... a la sustitución del equilibrio temporario, o dado por un nuevo equilibrio, igualmente temporario»<sup>72</sup>. Sin embargo, con ello parece estarse demostrando algo aún más importante, según la reconstrucción de la argumentación que hemos ido efectuando, «las contradicciones del modo de producción capitalista ... se reproducen en un plano cada vez más elevado»<sup>73</sup>. En este ángulo del problema es muy coincidente, con los juicios hasta aquí señalados, la visión que propone Marramao, cuando señala la necesidad de recuperar el aspecto dinámico del discurso marxista sobre el desarrollo del capitalismo «entendido como proceso disimétrico y discontinuo de valorización-transformación [...] como permanente contrariedad y producción de crisis, como cadena cíclica de rupturas-transformaciones, «como conexión de crisis»<sup>74</sup>.

## 6. A manera de conclusión

La enumeración de ciertos obstáculos a los que se enfrentan algunas de las teorizaciones que hemos revisado hasta aquí nos ha ido revelando, por otro lado, los temas en los cuáles se insistirá una vez que la discusión se oriente hacia la consideración y búsqueda de solución de algunas de las aporías detectadas. Dicho en otros términos, la consideración del tema

acerca de las tesis subconsumistas exigió, en su momento, reconsiderar las cuestiones de la sobreproducción y sobreacumulación, aunque ya no desde el acotado marco conceptual de los esquemas de reproducción. Al hacer referencia a las discusiones sobre el «derrumbe del capitalismo», lo hemos hecho no sólo con el ánimo de señalar una cierta analogía histórica con la época actual, sino porque consideramos que ahí se jugó la posibilidad de comprensión de un grado superlativo de la crisis, en cuanto ésta se desplaza al terreno militar, revela los rostros contemporáneos de la barbarie, y señala las formas que puede experimentar el resquebrajamiento del orden social existente y el lugar de las fuerzas históricas con capacidad de impugnación del mismo. Afirmar que, con la insistencia en el ingreso a una supuesta fase monopolista del capitalismo, se orientó la discusión hacia ciertos temas, no debe oscurecernos el hecho de que también pudo impedir la maduración de algunos otros, de importancia similar, o hasta mayor, que ya estaban en ciernes y que tuvieron que esperar lustros, o hasta décadas, para ser abordados. El espejismo que para las fuerzas emancipatorias significó la caracterización de los problemas del capitalismo como girando, casi en exclusiva, alrededor de los problemas del monopolio o del Estado, no hizo sino dificultar una comprensión que pudo haber brindado mayores posibilidades heurísticas, asociadas al desarrollo de una caracterización dinámica del sistema (sobre el eje de la multidimensional confrontación de clase), pues, y en esto hay que ser enfáticos, no sólo Schumpeter o los schumpeterianos han hecho aportes para superar los enfoques convencionales acerca del equilibrio y la estática económica (como se deja deslizar desde muy superficiales interpretaciones).

Se aprecian ya aquí, por otro lado, en el terreno de la argumentación metodológica, teórica y conceptual que hemos ido reconstruyendo, algunos de los ámbitos en los que comenzará a ser debatido el tema de la crisis capitalista en los períodos subsecuentes. Temática de la sobreacumulación o sobreproducción de capital y ley general de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia; maduración del concepto de economía mundial, no ya sólo como

sistema de relaciones de producción y cambio, sino haciendo inclusión de su carácter jerárquico y diferenciado; consideración del desarrollo del capitalismo a través de la conjunción de dos dispositivos analíticos, el concepto de modo de producción y el de capitalismo o sistema mundial, revelando al tiempo que los límites del primero las potencialidades del segundo, o mejor, su interdefinibilidad, a la luz de considerar en este último el tema del desarrollo desigual y combinado, o si se prefiere, subrayando las limitaciones de análisis impregnados con un fuerte sesgo eurocentrista; terreno en el que se juega, quizás, la más reciente, pero también muy importante, ruptura epistemológica al interior del pensamiento crítico.

Habrà que hacer mucho todavía por sacar esta discusión (sobre la crisis y transformación del capitalismo) de los límites estructurales y superestructurales en que ha terminado por ser encasillada. No se avanza demasiado, sin embargo, con solo señalar el conjunto de mayores entresijos que se envuelven en una consideración amplia, dinámica y compleja de la dialéctica entre ruptura y período, entre sistema y actores, entre totalidades y partes, entre realidades macro y micro. En muchos casos, cada una de estas polaridades terminan por reducirse a un contraste, ya suficientemente trabajado por la tradición sociológica, entre estructura y acción, tal vez sea más conveniente radicalizar tal dicotomía colocándola en los términos del paso de la acción conformista hacia la acción rebelde, revelando para ello posibilidades alternativas teóricas y prácticas que, hasta el momento, han tendido a ser invisibilizadas.

Un último apunte, por tal razón, se hace conveniente. Nuestro tema debe enmarcarse o, quizás, complementarse con la discusión más de fondo que tiene que ver con aquellos períodos históricos en que se impone la dominación o mediatización, tanto en la teoría como en la práctica, de las energías emancipatorias y se asegura el predominio de las fuerzas de la regulación, a través del aniquilamiento, la derrota, y hasta la propia adscripción a determinados automatismos, por parte de aquellos sujetos en quienes «se reserva la libertad de una reacción contra lo que no debiera ser»<sup>75</sup>. Mediante este tipo de procesos se termina por negar el

contenido utópico que subyace en los grandes proyectos sociales. De modo tan certero fue expuesto esto último por Ernst Bloch, en su *Principio esperanza* (obra ésta que comienza a escribir en 1938 y concluye en 1947, verdadera «época de plomo» de la humanidad, con el florecimiento y expansión del nazi-fascismo y el posterior encumbramiento del capitalismo estadounidense como el indisputable hegemon del sistema mundial), quien al tiempo que se pronuncia por una comprensión en su influencia recíproca dialéctica (indivisible e inaislable) de los factores subjetivos y objetivos en la historia, logra identificar lo erróneo de caer en un *automatismo objetivo* en el que las «contradicciones objetivas bastan por sí solas para revolucionar el mundo»<sup>76</sup>, o en un activismo golpista que, en su aislamiento, «se lanza sin más a la acción, y cuyo factor exageradamente subjetivo cree poder ignorar las leyes económico-objetivas»<sup>77</sup>. Sin embargo, no menos dañino se califica, por parte de Bloch, el *automatismo socialdemócrata* en cuanto en él «se encierra la superstición de un mundo que va a hacerse bueno de por sí»<sup>78</sup> y que, por tal teoría y práctica, termina por combatir, anular y nulificar a la propia «contradicción activamente contradictoria en el capitalismo»<sup>79</sup> (así es como Bloch define al proletariado). En su lugar, se pronuncia, dicho autor, por recuperar la «dimensión profunda de la reacción contra lo que no debiera ser, entendida como movilización de las contradicciones que se dan en lo que no debiera ser, a fin de socavar y derribar esto último»<sup>80</sup>. Es en ese ánimo que, creemos, ubica en su carácter de «atractor» a la función utópica, al excedente espiritual y cultural, que hace su aparición en las «primaveras de los pueblos».

Sin ignorar y tampoco eludir la complejidad que se esconde en cada una de las dimensiones de tal dialéctica, nos concentramos, en los apartados anteriores, en el señalamiento de algunas de las más importantes contradicciones que subyacen al capitalismo entendido «como lo que no debiera ser», en esa peculiar fase de su historia caracterizada por los clásicos como imperialista, en la medida en que, creemos, contribuye a una mejor caracterización de nuestro presente histórico. Lo otro está, todavía, en curso y por hacerse.



## Notas

1. Karl POLANYI. *La gran transformación...* ed. cit., pág. 49.

2. Véase Michel BEAUD. *Historia del capitalismo. De 1500 a nuestros días*, Barcelona, Ariel, 1984, pág. 175.

3. *Ibid.* pág. 203.

4. Véase Alfred D. CHANDLER. *La mano visible*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1987 y Alfred D. CHANDLER. *Escala y diversificación. La dinámica del capitalismo industrial*, Zaragoza, Prensas universitarias de Zaragoza, 1996, 2 Tomos.

5. Michel BEAUD. *Historia del capitalismo. De 1500 a nuestros días*. ed. cit. pág. 214 y 218.

6. Véase Scott HEARING y Joseph FREEMAN. *La diplomacia del dólar. Un estudio acerca del imperialismo norteamericano*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1973.

7. Véase Arno J. MAYER. *La persistencia del antiguo régimen. Europa hasta la gran guerra*. Barcelona, Altaya, 1997, pág. 14.

8. Véase Eric HOBBSBAWM. *Historia del siglo XX, 1914 – 1991*. Barcelona, Crítica, 1995.

9. Arno J. MAYER. *La persistencia del antiguo régimen...* ed. cit. pág. 20.

10. *Ibid.* pág. 25.

11. Michel BEAUD. *Historia del capitalismo...* ed. cit. pág. 207.

12. Véase Christina ROMER. «El país en depresión» en *Economía, teoría y práctica*, Nueva época, número 11, 1999, págs. 155–172.

13. *Ibid.* pág. 164.

14. Véase John DEVINE. «Las causas de la Gran Depresión de la década del '30 y lecciones para hoy» en *Herramienta. Revista de debate y crítica marxista*. Núm. 10, invierno de 1999, págs. 33 – 40 y Charles P. KINDLEBERGER. «Crisis financieras» en Phyllis DEANE y Jessica KUPER (eds.) *Vocabulario básico de economía*. Barcelona, Crítica, 1992, págs. 125–129.

15. Véase Paul BAIROCH. «Las grandes cesuras económicas y sociales» en Pierluigi Ciocca. *La economía mundial en el siglo XX. Una síntesis y un debate*, Barcelona, Crítica, 2000, págs. 113–116.

16. Joseph SCHUMPETER. «La inestabilidad del capitalismo» en Nathan ROSENBERG (selección). *Economía del cambio tecnológico*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979, Colección Lecturas Núm. 31, pág. 14. Edición original en *Economic Journal*, 1928, pp. 361–386.

17. En el año de 1931, el listado de la Sociedad de las Naciones, de países que resienten los efectos de la crisis incluye: «Argentina, Australia, Bolivia, Brasil, Canadá, Colombia, Cuba, Chile, Egipto, Ecuador, Finlandia, Hungría, India, Las Indias Holandesas (la actual Indonesia), Malasia (Británica), México, Nueva Zelandia, Países Bajos, Paraguay, Perú, Uruguay y Venezuela», citado en Eric HOBBSBAWM. *Historia del siglo XX, 1914–1991*. ed. cit. pág. 98.

18. Alberto CARACCILO. «Ambigüedad de la periodización» en Pierluigi CIOCCA. *La economía mundial en el siglo XX*. ed. cit. pág. 95.

19. Caludio NAPOLEONI. *El pensamiento económico en el siglo XX*, Barcelona, Oikos–Tau, 1968, pág. 107.

20. Samir AMIN. «La economía política del siglo XX» en *Más allá del capitalismo senil. Por un capitalismo no norteamericano*, Buenos Aires, Paidós, 2003, págs. 17–39.

21. Pierluigi CIOCCA. *La economía mundial en el siglo XX. Una síntesis y un debate*, Barcelona, Crítica, 2000, pág. 32.

22. Véase Toni NEGRI. «John M. Keynes y la teoría capitalista del Estado en el '29» en Toni NEGRI, *Crisis de la política. Escritos sobre Marx, Keynes, las crisis capitalistas y las nuevas subjetividades*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 2003, págs. 13–36.

23. Véase John HOLLOWAY. «Surgimiento y caída del keynesianismo: se abre el abismo» en *Keynesianismo, una peligrosa ilusión. Un aporte al debate de la teoría del cambio social*, Buenos Aires, Herramienta, 2003, págs. 59–99.

24. La cual según el análisis de Negri, «se produjo cuando un excedente de la oferta se verificó en una situación política de reducción de la demanda, de la propensión a consumir, hasta el punto de determinar un desequilibrio de gran amplitud que influyó sobre la inversión neta». Toni Negri «John M. Keynes ...» *Op. cit.* pág. 29.

25. Pues, como afirma Napoleoni, «la primera crisis que se sucedió después de 1929, es decir, la que comenzó en 1938 y después fue interrumpida por la guerra, tuvo lugar cuando la crisis de 1929 aún no había sido completamente resuelta». Caludio NAPOLEONI. *El pensamiento económico en el siglo XX*, ed. cit. pág. 106.

26. Henryk GROSSMANN. *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*, México, Siglo XXI, 1984, 2a. edición.

27. *Ibid.* pág. 132.
28. *Ibid.* pág. 141.
29. *Ibid.* pág. 158.
30. *Ibid.* pág. 151.
31. *Ibid.* pág. 140.
32. Joseph SCHUMPETER, *Ciclos económicos. Análisis teórico, histórico y estadístico del proceso capitalista*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2002, pág. 12.
33. Véase Nicolai D. FONDRATIEV. *Los ciclos largos de la coyuntura económica*, México, IIEc – UNAM, 1992.
34. Joseph SCHUMPETER, *Ciclos económicos. Análisis teórico, histórico y estadístico del proceso capitalista*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2002, 498 págs.
35. FREEMAN, Christopher, John CLARK y Luc SOETE. *Desempleo e innovación tecnológica. Un estudio de las ondas largas y el desarrollo económico*. Madrid, Ministerio de trabajo y seguridad social, 1985, pág. 55.
36. BOWLES, Samuel y Richard EDWARDS. *Introducción a la economía. Competencia, autoritarismo y cambio en las economías capitalistas*. Madrid, Alianza Universidad, 1990, pág. 32.
37. FREEMAN, Christopher, John CLARK y Luc SOETE. *Desempleo e innovación tecnológica...* Op. Cit.
38. Carlota PÉREZ. *Revoluciones tecnológicas y capital financiero. La dinámica de las grandes burbujas financieras y las épocas de bonanza*, México, Siglo XXI, 2004.
39. FREEMAN, Christopher, John Clark y Luc SOETE. *Desempleo e innovación tecnológica...* Op. Cit. pág. 49.
40. *Ibid.* pág. 48.
41. Immanuel WALLERSTEIN. «Las ondas largas como procesos capitalistas» en *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos. Un análisis de sistemas-mundo*, Madrid, Akal, 2004, pág. 203.
42. *Ibid.* pág. 204.
43. Inclusive un autor como Alejandro Dabat quién, en su momento, pareció haberse embarcado en un proyecto que pretendía acercarse a la construcción de tal concepto y de las mediaciones necesarias para observar sus tendencias, termina por definirlo en un plano exclusivamente teórico, y a través de un conjunto de supuestos muy restrictivos. Véase Alejandro DABAT. «La nivelación de la tasa de ganancia en el capitalismo contemporáneo» en *Teoría y política*, Año VI, Núm. 14, Enero – julio de 1986, págs. 9 – 34.
44. Immanuel WALLERSTEIN. «Las ondas largas como procesos capitalistas», Op. Cit. pág. 204.
45. Puede consultarse a este respecto Roman Rosdolsky. *Génesis y estructura...* Op. Cit. págs. 504 – 505, y Claudio Napoleoni. *El futuro del capitalismo*, México, Siglo XXI, 1978, en especial, la Introducción.
46. Paul MATTICK observa que la acumulación se enfrenta a un límite inevitable que reside en la productividad agrícola decreciente. El desnivel creciente que se provoca en los rendimientos del trabajo industrial en comparación con los del agro habría de elevar los costos salariales y hacer descender la cuota de beneficio favoreciendo a la renta de la tierra. Mattick cita de Marx el porqué esto le inquieta tanto a David Ricardo: «La tasa de beneficio, el acicate de la producción capitalista, condición y motor de la acumulación, corre peligro por el desarrollo mismo de la producción [...] Se revela aquí de un modo puramente económico, es decir, desde el punto de vista burgués, dentro de los límites de la comprensión capitalista, desde el punto de vista de la comprensión capitalista misma, su límite, su relatividad, el hecho de que este modo de producción no es absoluto, sino puramente histórico, que es un modo de producción que corresponde a una cierta época limitada de desarrollo de las condiciones materiales de producción». MARX, Karl, *El Capital*, México, FCE, Vol. III, pág. 256. Citado en Paul MATTICK. *Crisis & teoría de la crisis*, Barcelona, Península, 1977, págs. 10 – 11.
47. Véase Paul MATTICK. *Crisis & teoría de la crisis*, ed. cit., págs. 11–12.
48. Claudio NAPOLEONI. *El futuro del capitalismo*, ed. cit., pág. 22.
49. Karl MARX, *El Capital. Crítica de la economía política*, Tomo III, Vol. 6, capítulo XV, pág. 321.
50. *Ibid.*
51. Véase BOLÍVAR ECHEVERRÍA. *El discurso crítico de Marx*, México, Era, 1986, págs. 102–136.
52. SHAIKH, Anwar, «Introducción...» ed. cit., pág. 140.
53. Louis GILL, *Fundamentos y límites del capitalismo*. Madrid, Trotta, 2002, pág. 503.
54. SHAIKH, Anwar, «Introducción...» ed. cit., pág. 140.
55. Véase Paul Mattick, *Crisis y Teoría de la crisis*, Barcelona, Península, 1977, págs 65–77.
56. MATTICK nos plantea: «la búsqueda incesante del beneficio extraordinario es lo que caracteriza a la concurrencia capitalista conduciendo, por medio de ésta, a que se alcance una composición orgánica del capital social global más elevada». *Ibid.*, pág. 73.



57. Véase, Karl MARX, *El Capital*, 8 vols., 10<sup>a</sup>. ed, México, Siglo XXI, 1989, Vol. 6, págs. 47–82.

58. Marx en la discusión que sobre el Capital Social Global desarrolla en la 3a. Sección del Tomo II de *El Capital*, lo plantea así: «En la medida en que la organización del trabajo social mismo, y por consiguiente el aumento de la fuerza productiva social del trabajo, exigen que se produzca en gran escala y por tanto que los capitalistas individuales adelanten capital dinerario en grandes masas, esto ocurre, en parte [...] a través de la centralización de los capitales en pocas manos ... La magnitud de los capitales individuales puede aumentar, por obra de la centralización en pocas manos, sin que aumente su suma social. *Se trata tan sólo, de una distribución modificada de los capitales individuales*» (cursivas nuestras). Karl MARX. *El Capital*, 11a. Edición, México, Siglo XXI, 1987, Vol. 5, págs. 435–436.

59. K. MARX. *El Capital*, Tomo III, Vol. 6, op. cit. pág. 309–310.

60. SHAIKH, Anwar, «Introducción...» op. cit., pág. 141.

61. Louis GILL, *Fundamentos y límites del capitalismo*. Madrid, Trotta, 2002, pág. 510.

62. *Ibíd.*

63. GANDARILLA Salgado, José Guadalupe. «*América Latina en la conformación de la economía-mundo capitalista*», México, UNAM, 1a reimpresión, enero de 2006.

64. *Ibíd.* pág. 514.

65. Para no abrumar al lector, se remite directamente al desarrollo de dichas razones matemáticas en Louis GILL, *Fundamentos y límites*, op. cit. págs. 515 – 518.

66. SHAIKH, Anwar, «Introducción...» op. cit., pág. 138.

67. K. MARX, *Grundrisse ...*, pág. 407.

68. K. MARX, *El Capital ...*, op. cit. pág. 320.

69. K. MARX, *Teorías ...*, op. cit. pág. 471. (cursivas nuestras)«

70. K. MARX, *Grundrisse ...*, op. cit. pág. 375. (cursivas nuestras)

71. Roman ROSDOLSKY. *Génesis y estructura de El capital de Marx...* op. cit. pág. 553.

72. Roman ROSDOLSKY. *Génesis y estructura de El capital de Marx...* op. cit. pág. 553.

73. Roman ROSDOLSKY. *Génesis y estructura de El capital de Marx...* op. cit. pág. 554.

74. Giacomo MARRAMAIO. *Lo político y las transformaciones. Crítica del capitalismo e ideologías de la crisis entre los años 20 y 30*, México, Siglo XXI, 1982, pág. 20.

75. Ernst BLOCH, *El principio esperanza*, Tomo I, Madrid, Trotta, 2004, pág. 185.

76. *Ibíd.* pág. 186.

77. *Ibíd.*

78. *Ibíd.*

79. *Ibíd.* pág. 185

80. *Ibíd.* pág. 186.